anciano, y empuñando su esponton, obtuvo por la amenaza que le dieran seis zequíes, y continuó su camino. Pasó la noche en casa de un aldeano, compró vestidos viejos y alquiló un asno, sobre el cual pasó la frontera, sin que los soldados del cuerpo de guardia le hicieran el honor de preguntarle su nombre. Llegado temprano á Borgo di Val Sugana, encontró al padre Balbi que, por toda bienvenida, le dijo que no contaba ya con él.

## LATUDE.

(1750-1784.)

Masers de Latude nació en 1725 en el castillo de Craiseih, cerca de Montagnac en el Languedoc. Su padre, el marqués de Latude, era oficial superior del ejército, y el jóven fué destinado á servir en el cuerpo de ingenieros. Estaba en Paris estudiando en 1749, cuando tuvo la desdichada ocurrencia de recurrir á una superchería para atraerse la atencion y la proteccion de madama de Pompadour, la favorita del monarca. Echó al correo una cajita de carton que encerraba unos polvos insignificantes y las señas de la marquesa; luego, fué á Versalles á declararla que dos individuos trataban de envenenarla, que él habia sorprendido por casualidad el secreto, y que venia á prevenirla. A una viva gratitud de parte de la marquesa, sucedió la sospecha de un fraude: pidió al jóven algunas líneas escritas de su mano, y la verdad se descubrió al momento, por la identidad de su carácter de letra con la del sobre de la cajita. Algunos dias despues Latude estaba en la Bastilla.

A los cuatro meses fué transferido al castillo de Vincennes. Difícil es pintar su desesperacion, pues tenia motivos para creerse prisionero por toda su vida, constándole ya que madama de Pompadour se habia mostrado inexorable para con él.

« Mi valor no tuvo mas sosten, dice en sus Memorias,

que la esperanza de poder procurarme un dia la libertad, y conociendo que de mí solo debia esperarla, me ocupé desde entonces de los medios mas probables de conseguirla. Veia todos los dias á un eclesiástico de alguna edad, pasearse por un jardin que forma parte del castillo, y supe que estaba preso por causa de jansenismo, largo tiempo hacia. El abate de Saint-Sauveur, hijo de un antiguo teniente de rey en Vincennes, tenia permiso para hablar con él en dicho jardin, y lo aprovechaba con frecuencia. Ademas el jansenista enseñaba á leer y escribir á los hijos de varios oficiales del castillo, y el abate y los chicos iban y venian sin que nadie pusiese grande atencion. La hora en que se verificaban esos paseos era la misma en que á mí me llevaban á un jardin inmediato, dentro tambien del recinto del castillo. El teniente de policía M. Berryer, habia ordenado que me dejasen allí dos horas diarias, para tomar el aire y restablecer mi salud. Me conducian dos llaveros, y algunas veces el de mas edad me esperaba en el jardin, y el jóven venia solo á abrirme las puertas del calabozo : durante algun tiempo lo acostumbré á verme bajar la escalera antes que él, y sin esperarlo me unia á su camarada, con el que me encontraba siempre cuando llegaba al jardin.

» Un dia, resuelto á escaparme á toda costa, apenas abrió la puerta de mi calabozo me lancé por la escalera y estaba al pié de la torre antes que él hubiese pensado en seguirme : eché el cerrojo á la puerta, para impedir toda comunicacion entre los dos llaveros mientras ejecutaba mi proyecto, y sin titubear un instante, me decidí á llevarlo á cabo. Para ello era necesario burlar la vigilancia de cuatro centinelas : el primero estaba en una puerta que conducia á la torre del Homenaje, y que se hallaba siempre cerrada. Llamé, y el centinela abrió; pregunté por el abate de Saint-Sauveur con viveza y añadí : « Hace dos horas que lo está esperando nuestro



sacerdote en el jardin, y corro tras él por todas partes, sin poderlo encontrar.... » Y diciendo esto, seguí andando sin detenerme. En el extremo de la galería, debajo del reló, encontré al segundo centinela y le pregunté si hacia mucho tiempo que habia salido el abate de Saint-Sauveur, á lo que me contestó que nada sabia, dejándome pasar sin la menor observacion : la misma pregunta repetí al tercero, que estaba al lado exterior del puente levadizo, y me aseguró no haberlo visto : « Yo sabré encontrarlo ! » exclamé. — Transportado de júbilo, me alejé saltando como un niño, y en este estado me presenté delante del cuarto centinela, que lejos de sospechar fuese yo un prisionero, no extrañó en ningun modo el verme correr detrás del abate de Saint-Sauveur : franqueé el dintel de la puerta, y corriendo precipitadamente me oculté á sus miradas, y me encontré en completa libertad.

» Anduve á través los campos y las viñas separándome cuanto podia del camino real, y fuí á encerrarme en Paris, en una casa de huéspedes, para gozar en fin la dicha de encontrarme libre despues de catorce meses de cautiverio. »

Latude cometió la imprudencia de dirigir al rey un memorial para disculparse de su falta y solicitar que la expiacion fuese considerada como suficiente. Esto le dió por único resultado el ser preso de nuevo, y encerrado mas estrechamente en un calabozo de la Bastilla, donde permaneció diez y ocho meses : al cabo de este tiempo, el teniente de policía Berryer le hizo dar una habitacion, y le agregó un compañero de su edad llamado Alegre, cuyo crímen era tambien el haber ofendido á madama de Pompadour.

« En semejantes circunstancias, dice Latude, no podia quedar á jóvenes de nuestra edad mas que dos partidos igualmente desesperados ; ó morir ó evadirse. Pero,

para cualquiera que tenga la mas ligera idea de la situacion de la Bastilla, de su recinto, elevadas torres y de su régimen interior sobre todo, el proyecto, la sola idea de escaparse, deberá parecerle el fruto de una imaginacion en delirio.... Y sin embargo, puedo asegurar que me hallaba en perfecto uso de mi razon, y el lector podrá juzgar si se necesitaba un alma poco comun y un juicio sólido, para concebir, coordinar y poner en práctica semejante proyecto.

» Era insensato el pensar evadirse de la Bastilla por cualquiera de sus puertas, pues se reunian mil imposibilidades físicas para hacer esta via impracticable : no quedaba pues otro camino que la via aérea. En nuestra habitacion habia, es verdad, una chimenea, cuyo cañon iba á salir á lo alto de una torre, pero, como todas las de la Bastilla, estaba llena de rejillas y gruesos barrotes de hierro que, en ciertos sitios, apenas dejaban paso al humo. Suponiendo que salváramos este obstáculo, y que pudiésemos llegar á la esplanada de la torre, nos hallaríamos sobre un abismo de cerca de doscientos piés de altura[1]; y mas abajo, un foso dominado por otra muralla que debíamos franquear igualmente. Ni tantos obstáculos, ni peligros tan graves, me detuvieron en mi resolucion, y me decidí á comunicarla á mi compañero, pero este la rechazó considerándome como un insensato. Tuve pues que ocuparme solo de mi proyecto. Los medios que debia poner en accion eran tales, y las dificultades de tal magnitud, que hoy me admiro aun de la audacia juvenil que me arrastró á concebirlo. Para su ejecucion, me era preciso subir por el cañon de la chimenea á la plataforma, á pesar de las espesas rejas de hierro : para bajar de la torre al foso, necesitaba una escala de ciento

1. Segun un grabado que existe en el gabinete de estampas de la Biblioteca nacional, las torres de la Bastilla medían una altura de 95 piés ó 30,$^{m}$85, desde el parapeto hasta el fondo del foso.



ochenta piés al menos, y otra de madera para salir de él; y en fin, en el caso de poderme procurar materiales, debia ocultarlos á todas las miradas, trabajar en silencio y engañar á los vigilantes.

» El primer objeto de que debia ocuparme, era descubrir un lugar donde poder ocultar nuestros útiles y materiales. A fuerza de pensar dí en una idea luminosa. Habia habitado en varios calabozos de la Bastilla, y siempre que estaban ocupados los del piso superior ó inferior, habia oido distintamente el ruido que hacian en uno ó en otro. Esta vez oia todos los movimientos del prisionero que estaba encima, y no los del que estaba debajo. Sin embargo, tenia la seguridad de que se hallaba habitado. Despues de muchos cálculos, pensé que podria haber muy bien un techo doble, separado tal vez por algun hueco. Hé aquí cómo me arreglé para convencerme.

» Habia en la Bastilla una capilla en la que se decia una misa diariamente y los domingos tres. El permiso de asistir á la misa era un favor especial que se concedia difícilmente, y que M. Berryer nos acordó y tambien al prisionero que ocupaba la habitacion núm. 3, es decir, la que estaba debajo de la nuestra.

» Resolví aprovechar el momento en que salíamos de la misa, cuando este preso no estuviese aun encerrado, para echar una ojeada á su calabozo. Indiqué á Alegre un medio para facilitarme esta visita; le dije que metiese su estuche en el pañuelo, y cuando estuviésemos en el segundo piso, sacase su pañuelo de modo que el estuche rodase á lo largo de la escalera y dijese al llavero que fuese á recogerlo; así se hizo perfectamente. En tanto que Daragon, el llavero, iba en busca del estuche, subí al núm. 3, descorrí el cerrojo, y mirando la elevacion del techo ví que no tenia mas que unos diez piés de altura; cerré la puerta, y desde esta habitacion á la nuestra conté 32 escalones; medida la altura de uno de ellos, me

cercioré de que entre el suelo de nuestra habitacion y el techo de la de debajo, habia un vacío de cinco piés y medio. No podia estar lleno ni de piedras ni de madera, pues el peso habria sido excesivo; y de esto deduje que debia haber un hueco de cuatro piés. — « Amigo mio, dije á Alegre, nos hemos salvado, pues podemos ocultar nuestras cuerdas y materiales. — ¿Cuerdas, materiales?... ¿dónde están? ¿por qué conducto vamos á procurárnoslos? — Cuerdas tenemos y mas de lo que nos hace falta; esta maleta, añadí abriendo la mia, contiene mas de mil piés. — ¿Vuestra maleta, decís? sé tan bien como vos lo que contiene, y estoy seguro de que no hay ni un palmo. — ¿Cómo ni un palmo?... ¿pues acaso no tengo ropa blanca, doce docenas de camisas, infinidad de servilletas, medias y otras cosas? Pues deshilándolas nos darán materiales para una cuerda. »

» Teníamos una mesa de tijera sostenida por dos bisagras de hierro, las que arrancamos y luego sacamos punta afilándolas en una baldosa del suelo; en menos de dos horas convertimos un eslabon en navaja, y nos sirvió para hacer dos mangos á las bisagras que debíamos utilizar para arrancar las rejas de hierro de la chimenea.

» Por la noche, cuando hicieron la última visita, levantamos con ayuda de las bisagras una baldosa del suelo y cavamos con tal vigor que en menos de seis horas lo habíamos horadado; entonces vimos que nuestras conjeturas eran fundadas, y encontramos entre el techo del calabozo inferior y el suelo del nuestro, un hueco de cuatro piés. Pusimos en seguida la baldosa en su sitio, y cubrimos sus junturas de modo que no parecia haber sido levantada.

» Hechas estas primeras operaciones, descosimos varias camisas, y sacamos los hilos uno á uno; los anudamos todos y formamos un cierto número de ovillos, que reunimos luego en dos mayores que contenian 50 hilos



de 60 piés de longitud cada uno. Los trenzamos, y tuvimos una cuerda de 55 piés de longitud próximamente, con la que hicimos una escala de 20 piés que debia servirnos para sostenernos en el aire mientras arrancábamos las barras y las puntas de hierro que obstruian la chimenea. Este trabajo fué el mas penoso y difícil, y nos exigió seis meses de fatigas que me hacen temblar aun cuando en ellas pienso. No podíamos trabajar sino doblando el cuerpo y torturándole con posturas incómodas; así no podíamos resistir mas de una hora en tal posicion, y siempre bajábamos con las manos ensangrentadas. Las barras de hierro estaban fijas con una mezcla durísima que no podíamos reblandecer sino echando agua con la boca, en los agujeros que practicábamos.

» Puede juzgarse todo lo penoso de este trabajo, sabiendo que nos dábamos por contentos cuando en toda una noche habíamos levantado el espesor de una línea de la mezcla citada. A medida que arrancábamos una barra de hierro, era preciso volverla á colocar en su sitio para que no notasen nada en las frecuentes visitas que hacian, y de modo que pudiésemos quitarlas todas en el momento que quisiéramos partir.

» Despues de seis meses de este trabajo constante y cruel, nos ocupamos de la escala de madera que necesitábamos para subir del foso al parapeto y desde allí al jardin del gobernador. Debia medir de 20 á 25 piés de longitud; y dedicamos para esto la leña que nos daban para calentarnos, que eran unos troncos de 18 á 20 pulgadas. Necesitábamos tambien poleas y otras muchas cosas, para lo que era indispensable una sierra : un candelero de hierro me sirvió para hacer una, empleando la segunda parte del eslabon, cuya otra mitad habia trasformado en cuchillo. Con este eslabon, la sierra y las bisagras, adelgazábamos las maderas, haciendo muescas y espigas, para adherir las unas á las otras, con dos

agujeros cada muesca y hueco para pasar un escalon y dos clavijas que lo tuviesen seguro. No le hicimos mas que un brazo al que pusimos 20 escalones de 15 pulgadas; el brazo tenia 3 de diámetro, y por lo tanto los escalones sobresalian del brazo 6 pulgadas de cada lado. En cada pieza de esta escalera habíamos atado el escalon á la clavija con una cuerda, de modo que pudiese montarse fácilmente durante la noche. Cuando habíamos acabado y perfeccionado uno de estos pedazos, lo ocultábamos debajo del piso.

» Con estos útiles formamos nuestro taller. Nos procuramos compases, escuadras, reglas, devanaderas, escalones, etc., etc. Como es fácil de comprender, todo esto estaba oculto en nuestro almacen. Habia un peligro al que no podíamos sustraernos sino con las precauciones mas cuidadosas. He dicho ya, que independientemente de las frecuentes visitas que nos hacian los llaveros y varios oficiales de la Bastilla cuando menos se esperaba, uno de los usos y costumbres de esta prision, era espiar las acciones y palabras de los presos. Podíamos sustraernos á las miradas no trabajando mas que de noche y evitando que se notase la menor señal, porque en una visita, el menor indicio nos hubiera vendido, pero habia que engañar tambien el oido de los espías. Naturalmente, hablábamos mas de nuestra empresa que de otra cosa, por lo tanto era necesario evitar sospechas ó desviarlas confundiendo las ideas de los que podian escucharnos. Con este objeto hicimos un diccionario particular : llamábamos á la sierra *Fauno*, la devanadera *Anubis*, las bisagras *Tubalcaïn*, el agujero que habíamos hecho en el suelo *Polifemo*, la escalera de madera *Jacob*, los escalones *tallos*, las cuerdas *palomas*, por su blancura, el devanador de hilo, el *hermanito*, etc. Estábamos siempre en guardia, y tuvimos la fortuna de burlar la vigilancia de todos nuestros árgos.



» Cuando las operaciones de que he hablado mas arriba estuvieron hechas, nos ocupamos de la gran escala, que debia tener á lo menos 180 piés de longitud. Nos pusimos á deshilar toda nuestra ropa blanca, camisas, servilletas, gorros, medias, calzoncillos, pañuelos, todo aquello, en fin, que podia darnos hilo ó seda. Cuando teníamos un ovillo le ocultábamos en Polifemo, y cuando reunimos suficiente cantidad, pasamos una noche entera en trenzar dicha cuerda, y desafiaria al cordelero mas hábil á fabricar una con tanto arte.

» Al rededor de la Bastilla, en la parte superior, habia una cornisa saliente de tres ó cuatro piés, lo que necesariamente debia hacer flotar y vacilar la escala mientras bajábamos; era mas de lo necesario para turbar la cabeza mejor organizada. Para obviar á este inconveniente é impedir que uno de nosotros cayese al bajar, hicimos una segunda cuerda de 360 piés de longitud próximamente. Esta cuerda debia entrar en una polea, pero sin rueda, para evitar que no entrase entre la rueda y la polea, y el que bajase se encontrase suspendido en el aire sin poder bajar mas. Despues de estas cuerdas hicimos otras de menor longitud, para atar la escala á un cañon y otras necesidades imprevistas.

» Una vez terminadas las cuerdas, las medimos y hallamos 1,400 piés. Luego hicimos 208 escalones para la escala y la escalera de madera. Otro inconveniente que se debia preveer, era el ruido que causaria el roce de la madera en la muralla cuando bajásemos. Para evitar esto, les hicimos á todos una funda con los forros de nuestras batas, levitas y chalecos.

» Empleamos diez y ocho meses en un trabajo continuo para todos estos preparativos, pero eso no era todo. Habíamos previsto los medios para llegar á la torre y bajar al foso; para salir nos quedaban otros dos : uno montar en el parapeto, pasar al jardin del gobernador, y desde allí

bajar al foso de la puerta de San Antonio; pero este parapeto que debíamos atravesar estaba siempre lleno de centinelas. Podíamos elegir una noche oscura y lluviosa, en que los centinelas no se pasearan y habríamos logrado escapar; pero podia llover en el momento de subir á la chimenea y aclarar cuando llegásemos al parapeto. Podíamos encontrarnos con una ronda mayor que lo visita contínuamente, y nos hubiera sido imposible ocultarnos á causa de las luces que llevan siempre, y estábamos perdidos sin remedio.

» El otro partido aumentaba las dificultades, pero era menos peligroso, y consistia en abrir un pasaje á través de la muralla que separa el foso de la Bastilla del de la puerta de San Antonio... Para esto necesitábamos una gran barrena para abrir dos agujeros en la muralla, é introducir dos barrotes de hierro que podíamos coger en la chimenea, y con cuya ayuda arrancaríamos las piedras y nos abriríamos un pasaje. Nos decidimos por este partido, é hicimos una barrena con la bisagra de una de las camas, y le agregamos un mango en forma de cruz.

» ... Fijamos el dia de nuestra fuga para el miércoles 25 de febrero de 1756, vigilia del jueves de carnestolendas: entonces el rio estaba desbordado y habia cuatro piés de agua en el foso de la Bastilla y en el de la puerta de San Antonio, en que debíamos buscar nuestra salvacion. Llené una maleta con dos trajes completos, á fin de podernos mudarnos si éramos bastante felices para evadirnos.

» Despues de comer, arreglamos la escala de cuerda, es decir, pusimos los tramos y la ocultamos debajo de la cama á fin de que el llavero no pudiese percibirla en las visitas que debia hacernos aun en el dia; luego arreglamos la escalera en tres pedazos, pusimos las barras de hierro necesarias para horadar la muralla dentro de las fundas, para impedir que hicieran ruido, y nos proveimos de una botella de *scubac* para calentarnos y darnos fuerzas, pues tendríamos que trabajar en el agua hasta el cuello por espacio de nueve horas. Tomadas todas estas precauciones esperamos el momento en que nos trajesen la cena, que llegó al fin.



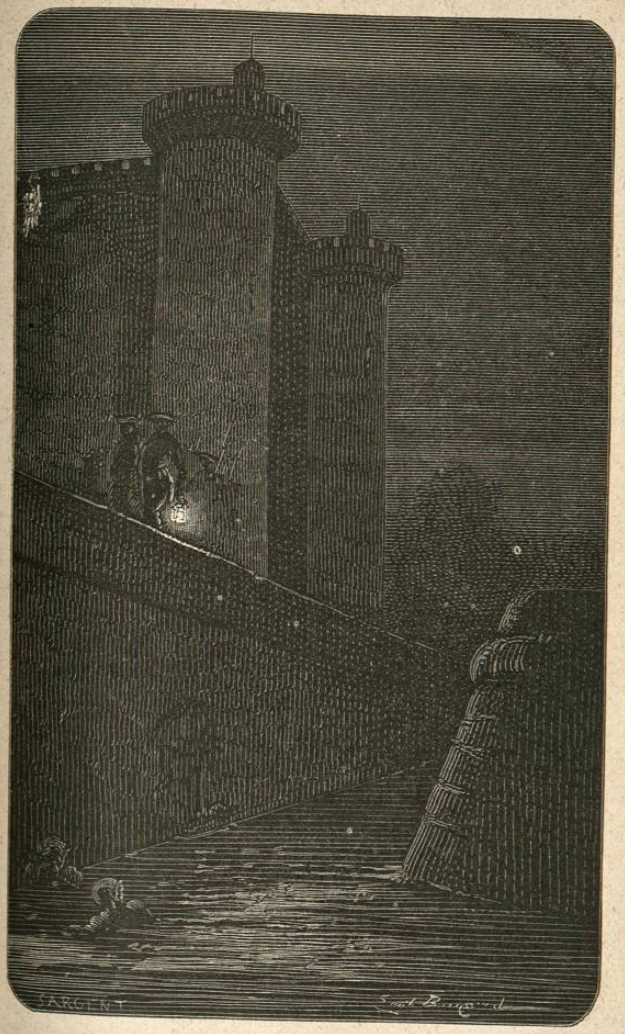
» Yo fuí el primero que subí á la chimenea: tenia un reumatismo en el brazo izquierdo, pero no hacia caso de este dolor; pronto sentí otro mas agudo, pues no habia adoptado ninguna de las precauciones que toman los deshollinadores, y poco faltó para que me sofocase el polvo del hollin; me herí en los codos y en las rodillas, y la sangre corria por mis manos y mis piernas: en este estado llegué á lo alto de la chimenea. Una vez allí, deslicé un mazo de guita que habia llevado; Alegre ató en la punta una cuerda que sostenia la maleta, la subí, y despues de desliarla la dejé en la plataforma de la Bastilla; del mismo modo subimos la escalera, las dos barras de hierro y los demas paquetes; acabamos por la escala, de la que dejé colgando una extremidad para que subiese Alegre mientras yo sostenia el resto con una gran clavija que á este efecto habíamos preparado. La pasé por la cuerda y la puse en forma de cruz sobre la chimenea, de modo que mi compañero pudo subir sin ensangrentarse como yo. Hecho esto, bajé de lo alto de la chimenea, donde me habia sido bien difícil sostenerme, y nos encontramos los dos en la plataforma de la Bastilla.

» Llegados allí dispusimos todos nuestros efectos: empezamos por hacer un rollo de nuestra escala, lo que formó una masa de cuatro piés de diámetro y de un pié de espesor. La hicimos rodar hasta la torre llamada del *Tesoro*, que nos pareció la mas á propósito para verificar nuestro descenso; atamos una punta de la escala á un cañon, y la dejamos caer suavemente á lo largo

de la torre; luego sujetamos la polea y pasamos la cuerda de 360 piés de longitud; me até al rededor del cuerpo esta cuerda, y Alegre la dejaba ir á medida que yo iba bajando: á pesar de esta precaucion revoloteaba en el aire, como una pluma, al menor movimiento; puede comprenderse mi situacion por la impresion que produce esta sola idea; en fin, llegué sin accidente alguno al foso. Alegre me descolgó al momento la maleta y demas objetos; y felizmente encontré una pequeña eminencia que dominaba el agua que habia en el foso y los coloqué allí. Mi compañero hizo lo mismo que yo, pero con una ventaja mas, pues yo sostuve con todas mis fuerzas la extremidad de la escala, lo que le impedia vacilar tanto. Llegados los dos abajo, no pudimos por menos de sentir no poder llevarnos la cuerda y demas objetos que nos habian servido [1].

» No llovia, y oíamos al centinela que se paseaba á cuatro toesas de nosotros; teníamos, pues, que renunciar á pasar por el parapeto y á evadirnos por el jardin del gobernador. Tomamos el partido de servirnos de nuestros barrotes de hierro... Fuimos derechos á la muralla que separa el foso de la Bastilla del de la puerta de San Antonio, y empezamos el trabajo con afan. Precisamente en este lugar habia un foso de una toesa de longitud y de pié y medio de profundidad, lo que aumentaba la altura del agua. En otra parte el agua no nos habria pasado de la cintura y allí nos llegaba á los hombros. Hacia pocos dias que habia empezado el deshielo y el agua llevaba aun grandes témpanos: permanecimos así por espacio de nueve horas, fatigado el cuerpo por un trabajo excesivo y ateridos los miembros

1. Los halló el 15 de julio de 1789, al dia siguiente de la toma de la Bastilla: las escalas estaban en los archivos, con un proceso verbal, datado el 27 de febrero de 1756, y firmado por el mayor de la Bastilla y el comisario Rochebrune.




Ví venir una ronda mayor.

de frio. No hacíamos mas que empezar, cuando ví venir una ronda mayor por la muralla, á doce piés encima de nuestras cabezas, y cuyo farol iluminaba perfectamente el sitio en que nos encontrábamos : para evitar el ser descubiertos no tuvimos mas recurso que zambullirnos, y teníamos que empezar la maniobra siempre que recibimos esta visita, es decir, cada media hora. En fin, despues de nueve horas de trabajo y angustia, despues de haber arrancado las piedras una á una, con una dificultad inconcebible, logramos hacer en una muralla de cuatro piés y medio de espesor, una abertura bastante grande para poder pasar, como lo hicimos, uno detrás de otro.

Ya comenzaba nuestra alma á abrirse al júbilo, cuando corrimos un peligro que no habíamos previsto, y en el que estuvimos á punto de sucumbir. Atravesábamos el foso de San Antonio para llegar al camino de Bercy, y apenas habríamos andado veinte y cinco pasos, caimos en el acueducto que está en medio, teniendo diez piés de agua sobre nuestras cabezas y dos piés de fango que nos impedia movernos y pasar al otro lado del acueducto, que solo tenia seis piés de anchura. Alegre se echó sobre mí y estuvo á punto de dejarme caer; si hubiera sucedido esta desgracia estábamos perdidos, pues no teniendo bastantes fuerzas para levantarnos, habríamos perecido en aquel lodazal. Cuando sentí que me cogia le asesté un violento puñetazo que le hizo soltarme, y con el mismo movimiento me erguí y logré salir del acueducto. Entonces metí el brazo en el agua, y cogiendo á Alegre por los cabellos le saqué; salimos inmediatamente del foso, y cuando daban las cinco estábamos en el camino real.

» Transportados por el mismo sentimiento, nos precipitamos uno en brazos del otro, y despues de tenernos estrechamente abrazados, nos prosternamos para dar gracias á Dios que nos habia sacado de tantos peligros.

Cumplido este primer deber, pensamos en cambiar de traje, y entonces comprendimos cuán feliz era que hubiésemos tenido la precaucion de tomar la maleta: la humedad habia aterido nuestros miembros, y como yo lo habia previsto, sentimos despues mucho mas el frio que durante las nueve horas que habíamos pasado en el agua helada; ninguno de nosotros habria podido desnudarse y vestirse á sí mismo, y tuvimos que prestarnos mútuamente este servicio. En fin, tomamos un coche y nos hicimos conducir á casa de M. de Silhouette, canciller del duque de Orleans, al que conocia mucho; pero desgraciadamente estaba en Versalles. »

Encontraron asilo en casa de algunos amigos, como ellos del Languedoc, y despues de permanecer ocultos un mes, partieron separadamente para Bruselas. Alegre llegó el primero, y fué arrestado inmediatamente por los agentes franceses. Le volvieron á internar en Francia, y quince años despues Latude le encontró en Charenton, pues se habia vuelto loco. En cuanto á Latude, evitó en Bélgica las redes que le tendian los agentes franceses, pero fué luego arrestado en Amsterdam y llevado á la Bastilla, donde le cargaron de cadenas.

En 1764 fué trasferido á Vincennes, haciéndole sufrir los mas crueles tratamientos por órden de M. de Sartine. Al cabo de algun tiempo, el gobernador Guyonnet le mandó sacar de su calabozo, darle una habitacion, y le permitió un paseo diario de dos horas en los jardines del castillo.

« Este favor, —dice Latude, — me fué mas precioso por la probabilidad que me ofrecia de procurarme los medios de escaparme otra vez. Durante ocho meses no pude hacerlo, pues estaba vigilado con tanta atencion que me era imposible ejecutar mi proyecto. Tan solo al azar podia deber mi libertad, y al fin se presentó una ocasion que ni remotamente esperaba.



» El 23 de noviembre de 1765, me paseaba á las cuatro de la tarde, y el tiempo era bastante sereno, cuando de pronto se levantó una densa niebla, y la idea de que podia favorecer mi fuga surgió como una inspiracion en mi mente : la recapacité, pero ¿cómo libertarme de mis guardianes? sin nombrar los numerosos centinelas que habia al paso, tenia á mi lado dos y un sargento, que no me abandonaban un segundo. No podia combatirlos, no podia tampoco deslizarme furtivamente y alejarme de ellos, pues sus funciones eran de acompañar y seguir todos mis movimientos... Me dirigí descaradamente al sargento, y haciéndole notar la niebla que se habia levantado de improviso, le pregunté : — « ¿Qué os parece el tiempo? — Muy malo, caballero. — Pues yo le encuentro excelente para escaparme, » contesté con acento sereno y tranquilo ; y separando con los codos á los centinelas, dí un empujon al sargento y emprendí una carrera violenta : ya habia pasado cerca de otro centinela que lo notó cuando ya estaba lejos; todos se reunieron y gritaban con fuerza : — « ¡A ese! ¡á ese! ¡detenedlo! » A estas palabras se reunieron muchos soldados, se abrieron las ventanas y todo el mundo corria gritando á su sabor : — « ¡A ese! ¡detenedlo! » Ví pues que no podia escapar. Al instante concebí la idea de aprovechar de esta circunstancia para abrirme paso á través de los que se disponian á arrestarme. Empecé á gritar yo mismo y mas fuerte que los otros : « ¡A ese! ¡al ladron! ¡al ladron! ¡detenedlo! » y hacia con las manos ese gesto que indica que el ladron va delante. Engañados con este ardid y la niebla que lo favorecia, me imitan, corren y persiguen en union mia al fugitivo que yo parecia indicar. Les llevaba mucha delantera, y solo tenia que andar algunos pasos: ya estaba en el extremo del patio real, y no quedaba mas que un centinela, pero era, si no imposible, muy difícil engañarle, porque necesariamente el primero que se le

presentase debia serle sospechoso, y su deber era detenerlo: mi cálculo era exacto. A los primeros gritos que habia oido se colocó en medio del pasaje que era muy estrecho en aquel sitio; y para aumento de mis males aquel hombre, que se llamaba Chenu, me conocia. Llegué y me cerró el paso intimándome que me detuviera ó que me pasaba de un bayonetazo. — « Chenu, le dije, me conoceis y vuestra consigna es arrestarme, pero no matarme. » Me detuve en mi carrera, me acerqué á él lentamente, y cuando estuve cerca, me arrojé sobre su fusil, y se lo arranqué con tanta violencia, que el movimiento le hizo caer por tierra: salté por encima de su cuerpo, y arrojando el fusil á diez pasos de distancia, pues temia que me tirase, me hallé libre otra vez. Me oculté fácilmente en el bosque; pues me habia separado de la carretera, saltando el vallado, y esperé la noche para entrar en Paris. »

Refugiado en casa de dos señoritas, con las que habia entablado una correspondencia desde la Bastilla, y que habian tratado inútilmente de servirle distribuyendo las cartas que les habia enviado, no encontró mas recurso para conservar su libertad, que escribir á M. de Sartine pidiéndole su proteccion. No parece sino que el espíritu activo, la clara inteligencia, y el ingenio industrioso que desplegaba cuando estaba preso, abandonaban enteramente á Latude, tan luego como se hallaba en libertad. No contento con haber llamado sobre sí la atencion de M. de Sartine, que ya estaba muy cuidadoso, no encontró nada mejor que hacer que ir él, fugitivo, á Fontainebleau para visitar á M. de Choiseul y á M. de la Vrilliére, ambos ministros, y recomendarse á ellos. Lo arrestaron, por supuesto, y volvió á Vincennes, donde fué encerrado en un calabozo llamado el *agujero negro*. En 1775, fué transferido á Charenton, y puesto en libertad en 1777, por un acta que lo desterraba á Mon-

Grité yo mismo: ¡A ese! ¡al ladron!

tagnac, su pais natal. Retardó algun tiempo su partida, pero al cabo salió para su destierro, y á unas cincuenta leguas de Paris lo arrestaron de nuevo, y fué llevado á Bicetre. Tenia entonces cincuenta y tres años, y desde los veinte y cuatro, pocas horas habia pasado fuera de los calabozos. En fin, en 1784, Mme. Necker tuvo bastante influencia para hacerlo poner definitivamente en libertad.